

**ARQUIDIÓCESIS DE LUCCA  
ORDEN DE LA MADRE DE DIOS**

**MENSAJE DEL  
ARZOBISPO DE LUCCA  
Y  
DEL RECTOR GENERAL OMD**



**CON OCASIÓN DEL  
IV CENTENARIO DE LA MUERTE DE  
SAN JUAN LEONARDI**

**LUCCA  
2008**

## DEL RECUERDO AL COMPROMISO

### *¡Es tiempo de Jubileo!*

Queridísimos hermanos y hermanas, el Año Jubilar que la Iglesia nos regala con ocasión del IV centenario de la muerte de San Juan Leonardi, presbítero de Lucca, fundador de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios, cofundador del Colegio Urbano de Propaganda Fide y Patrono de los farmacéuticos, nos ha motivado a dirigir, a la Iglesia de Lucca y a toda la familia Leonardina, este mensaje como anuncio glorioso de un evento de gracia que se repropone de manera especialísima y como ocasión para nuestro renovado esfuerzo. El inicio de este singular año de gracia, indulgencia, peregrinación y jubileo tendrá lugar en Lucca el 4 y 5 de octubre de 2008, para después concluir en Roma el 9 de octubre de 2009. Durante todo el año jubilar muchas comunidades, tanto en Italia como en el extranjero, se alegrarán por este don, mientras múltiples iniciativas pastorales, culturales y sociales nos ayudarán a conocer mejor a este gigante de la santidad.

Sabemos bien que en la vida de la Iglesia los aniversarios no son sólo un álbum familiar que se hojea con nostalgia, sino momentos vivísimos donde hoy la gracia originaria de la presencia pascual de Cristo en sus Santos nos alcanza, nos consuela y nos anima. **Que, a cuatrocientos años de la muerte, se recuerde y se celebre la partida de un hombre, significa que ha dejado una huella fuerte y profunda.** A la distancia se reabrazaba su vida, se comprende su elección, las cosas vividas y se les encuentra sentido. La Iglesia de Lucca- bendecida con el don de la santidad de Juan Leonardi, que aquí toma la gracia que santifica y consagra a la misión y la Orden de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios, que desde aquí custodia el don carismático e imita el ardor apostólico- está en fiesta y desea que este aniversario sea una nueva visita de Dios, como lo fue hace exactamente cuatro siglos, cuando Dios nos visitó por medio de la vida luminosa y renovadora de Juan Leonardi, que culminó en su cristiano tránsito el 9 de octubre de 1609.

### *Tenemos necesidad de los Santos*

El santo es el hombre verdadero. Un hombre verdadero que adhiere a Dios y, por consiguiente, al ideal para el cual ha sido construido su corazón y que constituye su destino. Hoy, más que nunca, tenemos la necesidad de descubrir la verdadera humanidad que hay en nosotros, de reencender la sed de verdad, de belleza y de sentido que fuertemente nos exige el corazón, pero que nos cuesta encontrar en el desierto de un mundo que ha perdido la senda de Dios y, por esto, no entiende hacia dónde lo llevan sus propios pasos. **Nosotros creemos que son los Santos quienes hacen que Dios vuelva a estar entre los hombres.** *“Tenemos necesidad de hombres que tengan la mirada fija en Dios,*

*aprendiendo de Él la verdadera humanidad. Tenemos necesidad de hombres cuyo intelecto sea iluminado por la luz de Dios y a los cuales Dios abra el corazón, de manera que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrir el corazón de los demás. Solamente a través de hombres que son tocados por Dios, Dios puede retornar junto a los hombres”* (Card. J. Ratzinger, Subiaco, 1 de abril de 2005).

La Historia de la Salvación nos enseña que los hombres cercanos a Dios, nunca son anticuados para manifestar su amor por nosotros. Es por esto que **la santidad de Juan Leonardi, don del Espíritu a la Iglesia, pertenece a todos**. La suya es la historia de un encuentro en el cual Dios, hablando a su corazón, lo ha conquistado para la causa del Reino y lo ha situado en la Iglesia como luz para iluminar a todos aquellos que desean emprender un serio camino de “reforma permanente”, tanto personal como comunitaria. Su senda se descubre a través de sus hijos espirituales, pero también en la Iglesia local y universal a la cual ha amado con pasión. Pasión que es fuerza, capacidad de encender y determinar energía, de ponerla en acción para la renovación de la fe. Es iluminador leer su vida desde la perspectiva de la inteligencia de la pasión. **Su carisma es un “diseño de fuego” realizado sobre el “tejido” evangélico. Soñó una Iglesia que fuese un relato reflejo de la fuerza de Pentecostés**. Ha generado fuerza para una misión capaz de abatir los bastiones de toda obtusidad asfixiante, toda obsesividad desconfiada, todo miedo cegador, ¡para vivir en el viento de Pentecostés!

Hoy, cuando sentimos más que nunca la necesidad de la santidad como verdadera estrategia pastoral, cuando advertimos con urgencia que el anuncio del Evangelio ha requiere, previamente, hacerse carne y sangre en la vida de aquellos que lo acogen para convertirse en evento fascinante y creíble para la vida del mundo, volvamos nuestra mirada a la aventura humana y cristiana de San Juan Leonardi, para encontrar el auténtico lenguaje de la fidelidad a Cristo, a la Iglesia y al hombre que lo caracterizan profundamente. Al centro de la celebración pongamos, naturalmente, su recuerdo. Él, Juan Leonardi, estará presente de manera especial durante este año en nuestra memoria y en nuestro corazón. La celebración del IV centenario de su muerte nos impulsa a dirigir hacia él nuestra mirada, a contemplar su vida y a descubrir los núcleos que han constituido su intensidad espiritual y apostólica.

### ***Una mirada a su vida***

Un antiquísimo texto cristiano del siglo I, la Didakè o Doctrina de los 12 Apóstoles dice: *“Mira cada día el rostro de los Santos y de ellos obtén inspiración”*. **La mirada a su vida es siempre la más concreta de las lecciones**. La misma Palabra de Dios se abre a una nueva inteligencia cuando es interpretada desde una biografía que haya buscado hacerse carne y sangre de aquella misma Palabra. La verdad de la fe se ilumina cuando deja de ser nociones abstractas o proclamas moralizantes y manifiesta, en cambio, el estupor que nace del

encuentro con una Persona, con un acontecimiento que da vida a un horizonte nuevo. La mirada a la vida de San Juan Leonardi se vuelve fascinante porque, como ha escrito acerca de él un gran arzobispo de Lucca, Mons. Giuliano Agresti, **“él fue un hombre evangélico fuerte, humilde y pobre, cuya peripecia cristiana y sacerdotal lleva consigo el grave drama de los profetas y la crucifixión de los verdaderos siervos del Evangelio”**. Él había aprendido rápidamente una máxima fundamental que dice que *“el camino para servir a Dios”* requiere *“padecer muchos trabajos”* (cf Carta del 3 de enero de 1604) y, por esto, supo vivir heroicamente su “agonía” en la “obediencia de la fe”, en el renacer al Evangelio vivido, en el señalar una nueva vía de santidad en las misiones particulares confiadas por la Santa Sede, en restaurar la identidad de no pocas instituciones históricas de la Iglesia y ayudar a las nacientes. Es necesario recorrer de nuevo los hechos de su vida. La vida de Juan Leonardi, así como la nuestra o la de cualquier persona, está hecha de acontecimientos, de encuentros y de experiencias concretas. Penetrar en ellos significa encontrar la dinámica del acontecimiento cristiano, que es siempre encuentro con una Persona, Cristo, que conduce nuestros pasos por recorridos desconocidos para nosotros.

San Juan Leonardi nace en Diécimo (Lucca) en 1541. Era el menor de los siete hijos de Santiago Leonardi y Juana Lippi. En el seno de su familia cristiana y al amparo de la torre del campanario que hasta ahora se destaca sobre las casas de los habitantes de Diécimo, creció y se robusteció en la fe iniciada en él en la fuente bautismal y en la mesa eucarística de la espléndida parroquia románica. A la edad de doce años, sus progenitores lo enviaron a Villa Basílica, cerca de un tío sacerdote. Así, la adolescencia de Juan Leonardi transcurre entre el servicio de la iglesia parroquial y los estudios humanistas. Determinante fue su arribo a Lucca en 1558. Allí llega por motivos de trabajo. El padre lo coloca en una droguería (farmacia) junto a un destacado farmacéutico de la ciudad: Antonio Parigi. Aquí Juan aprende a inclinarse hacia los males del hombre y de la Iglesia de su tiempo. Siente fuertemente el grito de dolor de ambos y, hecho el diagnóstico, comprende que no basta el conocimiento científico, ni la necesaria habilidad técnica. En el compartir la fe con el grupo de “Colombinos”, el movimiento laical en Lucca, bajo la guía de los Dominicos de San Romano, lleva adelante una genuina reforma católica y un serio camino de formación que pone al centro la Palabra de Dios y los Sacramentos de la Iglesia. Ya ha madurado en sí el más profundo de los convencimientos: Cristo, el crucificado-resucitado, el don de su persona comunicado a la Iglesia y al mundo, la medicina de la que más tenemos necesidad.

**Es necesario recomenzar en Cristo.** El primado de Cristo, hecho medida de todas las cosas y convertido en criterio de juicio y de acción, como frecuentemente repite y, sobre todo, vive, y principio generador de una vitalidad, siembra ahora un camino a los ojos de quien, sólo lamentando los males del tiempo, no encontraba el coraje de una terapia adecuada. Juan Leonardi comunica a Cristo vivo y presente en la sacramentalidad de la Iglesia.

La opción de convertirse en sacerdote madura y se concreta en este recorrido. La fecundidad evangélica de su decisión encuentra rápida respuesta en la inteligencia pastoral que caracteriza su obra: es catequista creativo y testimonio convincente de la verdad que transmite; constructor de paz entre los bandos en disputa, presbítero entusiasta que sabe conjugar contemplación y acción, punto de referencia para los jóvenes que sólo esperaban poder experimentar un cristianismo que fuera un acontecimiento en su vida y no una utopía. Comenzaron a seguirlo. Es así como, en el pequeño cenáculo de la Iglesia de Santa María de la Rosa, nace el 1 de septiembre de 1574 el primer núcleo de aquello que con el tiempo será la Orden de los Clérigos Regulares de la Orden de la Madre de Dios. Su estilo de vida, tejido de obediencia a Cristo y a la Iglesia, modelado por la pobreza y traducido en experiencia, genera desconfianza y sospechas en la ahora República de Lucca. Su opción de reforma, delineada por Concilio de Trento, no es comprendida de manera genuina, sino leída bajo la óptica de los prejuicios políticos y de la mediocridad de quien teme a los esfuerzos radicales o pretende conservar el statu quo. Es a través del dolor que estos prejuicios le provocan que Leonardí aprende a mirar al Cristo crucificado y resucitado. El **“Rostro Santo”, conservado y venerado en la Iglesia Catedral de Lucca, es símbolo elocuente y síntesis indiscutida de la fe que lo anima.** Es allí donde se forma su ideal cristocéntrico: *Tened a Cristo delante de todas las cosas*” (Carta del 25 de mayo de 1592), que tiene como resultado el desprendimiento interior: *“en estas cosas es necesario desnudarse de todo interés propio y resguardar sólo el servicio de Dios”* (Ivi, 27 de julio de 1601).

Su alejamiento de Lucca, ciudad que siempre amó y que recompensó con una inundación de santidad, pudo sembrar desconfianza pero fue el modo en que el Espíritu transplantó el bien e hizo crecer también en otro lugar la buena planta. Es en Roma donde ahora la obra de Juan Leonardí adquiere una inspiración universal.

Sustentado por la amistad de extraordinarios protagonistas de la renovación que siguió al Concilio de Trento, primero entre todos San Felipe Neri, también el venerable cardenal César Baronio, San José de Calasanz, y otros, se inspira en él una explosiva pasión por Cristo y por la Iglesia evangélicamente fecunda. Estimado por los Pontífices, que apreciaron en él la virtud, recibió de ellos encargos delicados, cuyo éxito sólo pudo explicarse con la profecía del Espíritu que sopla sobre nuestros huesos muertos y los reanima. **Muchas comunidades tanto diocesanas como monásticas deben a su acción la capacidad de redescubrimiento del Evangelio y el germen de la reforma de la vida.** La geografía del soplo del Espíritu lo conduce al Santuario de Nuestra Señora del Arco (Nápoles), entre los Benedictinos de Montevergine en Aversa, en Montesenario y a en Siena. Dondequiera que se presentó, lo hizo en los mismos términos en que después escribirá al Papa Paulo V cuando, en 1605, le dirigirá su propuesta, verificada en terreno, para la reforma de la Iglesia: *“Aquellos que desean impregnarse de la reforma de las costumbres de los hombres se presentan a las miradas de cuantos ellos quieren reformar, como espejo de toda virtud, como candeleros puestos en un candelabro”*.

**La misionaridad requiere la inevitable verificación de la autenticidad de la propia fe.** Es así como la misión es documentable paso a paso en cada una de las etapas de la vida de San Juan Leonardi. El secreto de su misionaridad es simple y está incluido en la afirmación entregada al Papa Paulo V en 1608: *“No buscar los propios intereses, sino aquéllos de Jesucristo”*. Se es misionero cuando se es capaz de transformar cada gesto, cada esfuerzo, cada pizca de tiempo y de energía por el único y supremo interés: Cristo y el avenimiento de su Reino. Hacia el fin de su existencia, este espíritu misionero que, si no hubiese encontrado precisas indicaciones de obediencia, lo habría impulsado a ir más allá de los confines de Italia, tiene forma de materializarse en un proyecto audaz e innovador que junta a Mons. G. B. Vives y al jesuita Martín de Funes: formar, en Roma, hombres: *“a la Apostólica”*, procedentes de los mismos lugares y ámbitos a los cuales después serán asignados. Era el acto de nacimiento del futuro Colegio Urbano de Propaganda Fide, que a través de los siglos ha forjado millares de misioneros, muchos de ellos mártires, que han llevado a los más lejanos confines de la Tierra el nombre y la persona de Cristo salvador.

No estaría completa nuestra rápida mirada a la vida de San Juan Leonardi si no encontráramos una síntesis en el rostro glorioso de Aquella que, más que cualquier otra criatura, encierra el sentido y el destino del hombre y de la Iglesia: la Virgen María. Juan Leonardi lo comprendió rápidamente, atraído sobre todo por el misterio de la ascensión de María, venerado en Diecimo, en Villa Basílica, en Santa María Corteorlandini, que la Virgen es el sello de garantía de toda la obra de Cristo. Acogerla es certeza de no equivocarse el camino, de no trastornar el método fijado por Dios para nuestra salvación, de no perder el rumbo de la esperanza de la cual ella es signo seguro y garantía para toda la Iglesia. **En la escuela de María, a quien elige patrona de su Orden y cuyo nombre se convierte en programa para todos, encontró a la maestra, la hermana, la madre** para su propio camino de discípulo, experimentando constantemente su protección.

Juan Leonardi muere en Roma la noche del 8 al 9 de octubre de 1609. Murió en pleno ejercicio de su servicio y fidelidad a aquello que lo había movido desde el dulce Valle del Serchio: la búsqueda de su Rostro, el Rostro de los rostros, de cuyo semblante somos continuamente peregrinos.

Fue beatificado por el Beato Pío IX el 10 de noviembre de 1861 y proclamado santo el día de Pascua del 17 de abril de 1938 por el Papa Pío XI. El 8 de agosto del 2006 el Papa Benedicto XVI lo ha proclamado patrono de los farmacéuticos.

### ***Herederos del carisma en una nueva realidad***

El mundo de San Juan Leonardi ciertamente ha cambiado. Nosotros somos invitados a releer su vida buscando en ella lo que es perenne y fuente de

inspiración para vivir hoy con aquella intensidad espiritual y con el dinamismo misionero que él ha experimentado.

**Ciertamente es perenne el primado de Cristo sobre todas las cosas.** En el momento cultural y social en el que se desarrolla la existencia de nuestro Santo, comienzan a ser delineadas aquellas premisas que después confluyen en la modernidad, y que tiene entre sus productos más nefastos la marginalización de Dios, la ilusión de una autonomía del hombre que tiende a vivir “como si Dios no existiese”. La crisis del pensamiento moderno no es otra cosa que el resultado de la escisión entre la fe y la razón, ya que ha tenido como resultado una confluencia en el relativismo y la irracionalidad, que ya no satisfacen al hombre.

Juan Leonardi, en su opción por “*Cristo por sobre todo*”, nos envía a la perenne novedad que el hecho cristiano ha introducido en la historia: la Encarnación, la Pasión, la Muerte y la Resurrección de Cristo. Es la persona de Jesús el centro del cosmos y de la historia. En el encuentro con Él se ilumina el sentido de la vida de cada uno de nosotros y del destino que nos espera.

Hoy debemos estar, más que nunca, convencidos de que es Cristo de quien nuestro mundo tiene necesidad. Que Él es nuestra “medida”. No hay ambiente que no pueda ser tocado por su fuerza; no hay mal que no encuentre en Él remedio, no hay problema que en Él no se resuelva. O Cristo o nada. ¡Ésta fue la medida de San Juan Leonardi! ¡Ésta es la medida de los Santos!

**Ciertamente, es perenne la presencia viva de Cristo en su Iglesia:** frágil y santa, radicada en la historia y en su devenir, a veces oscuro, donde grano y cizaña pueden crecer juntos (cfr Mt 13,3), pero por siempre sacramento de salvación. Juan Leonardi tuvo luminosa y pura la sabiduría de que la Iglesia es el campo de Dios (cfr Mt 13,24). Él no se escandalizó por este hecho previsto y preanunciado por Jesús, pero decide ser grano y no cizaña: decide, es decir, amar a Cristo en aquel cuerpo nuevo que Él ha donado a lo largo de los siglos, que es la Iglesia, y contribuir a hacerla siempre un signo más transparente de Él. “No sólo, por amor a Cristo, trabajó alegremente para purificar la Iglesia, para ofrecerla bella y santa. Entendió - y este es el hecho fundamental que distingue al reformador del rebelde - que la reforma se hace dentro de la Iglesia y no contra ella. En esto San Juan Leonardi ha sido verdaderamente extraordinario y su ejemplo es de sorprendente actualidad. Llegó a escribir con humildad y audacia, contemporáneamente, al Papa Paulo V indicando la vía auténtica de la reforma de la Iglesia, es decir, de su continua purificación para ser espejo reluciente del rostro de Cristo. Escribió así: *Aquellos que desean dedicarse de la reforma de las costumbres de los hombres, atentos antes que cualquier otra cosa a la gloria de Dios, deben pedir por sobre todo a Él, de quien procede todo bien, con insistencia y viva súplica, la ayuda para una tarea tan necesaria y tan ardua para la salvación de las almas*” (De la homilía del Card. Angelo Comastri, Basílica de San Pedro, 30 de abril del 2008).

La certeza de encontrar a Cristo en la Iglesia y de entender a la Iglesia en el misterio de Cristo es fundamental para la renovación de nuestras comunidades parroquiales y religiosas y para vivir la realidad de sus Sacramentos.

**Perenne es el anuncio misionero, tarea nunca concluida de toda la Iglesia**, que se origina en el seno de la Trinidad, como lo describe Jesús mismo: *“Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, también ellos son una sola cosa, para que el mundo crea que tú me has enviado”* (Jn 17,21). La naturaleza del amor es fuego. Quien anuncia el Evangelio participa de la caridad de Cristo, de su deseo de *“traer el fuego sobre la tierra”* y de cómo quisiera que *“estuviese todavía acceso”* (cf Lc. 12,49). Una caridad que es expresión de aquella gratitud que se manifiesta en el corazón humano cuando se abre al amor de Jesucristo. Un amor que vive en el corazón de la Iglesia y de allí, como fuego de caridad, tiende a encontrar todo hombre. Esta es la única explicación del ardor, de la confianza y de la libertad de palabra (*parrhesia*) que se manifestaba en la predicación y en la acción de Juan Leonardi y que tanto increpaba a sus contemporáneos. Hoy tenemos necesidad de reencontrar esa misma audacia, removiendo toda indiferencia hacia la verdad y el bien, todo falso pluralismo que debilite la razón misma de ser del evangelizador, venciendo la tentación de una privatización de la fe que es, de por sí, una implícita admisión de una fe débil y no expresada plenamente.

A la intercesión de María, Madre de Dios y de San Juan Leonardi consignamos éste nuestro empaño, ciertos de que la *“comunidad de los Santos”* que profesamos, es garantía de sostén y de esperanza para nuestra comunidad y para la humanidad, para que por medio de nosotros puedan tener la experiencia del encuentro con Cristo.

¡Juntos bendecimos a ustedes augurándoles un buen Jubileo Leonardino!

Lucca, Santa María de la Rosa, 1 de septiembre de 2008  
434º aniversario de la fundación  
de la Orden de la Madre de Dios.

✚ Benvenuto Italo Castellani  
Arzobispo de Lucca

P. Francisco Petrillo, OMD  
Rector General